

El Heraldo del Istmo

—Director - Propietario: GUILLERMO ANDREVE—

PANAMA, 20 DE JULIO DE 1904.

SUMARIO.—ACTA DE INDEPENDENCIA DEL ISTMO (grabado).—CARTA LITERARIA, *Miriano Barreto*.—EL GATO ROJO, *Luis M. Blázquez*.—SOLA! (poesía), *Luis G. Urbina*.—HIERÁTICA (soneto), *Iolús*.—SILVIA, *Delio*.—EL ANTIFAZ, *Simón Rivas*.—GÓLGHOTA (poesía), *Andrés A. Mata*. PÁGINAS DEL ISTMO, (Corsarios y Piratas), por *S. J. B.*—LOCA DE AMOR (poesía), *Ricardo Miró*.—NEUROSIS (poesía), *Abraham Z. López-Penha*.—WILLIAM W. RUSSELL.—ESTADO DE ALMA, *Alejandro Dulaty*.—LOS PUEBLOS TRISTES (poesía), *Bonifacio Byrne*.—ECOS DE LA QUINCENA, *Romeo*.—NOTAS.

Carta Literaria

A continuación publicamos la que desde León de Nicaragua nos dirige el Doctor Mariano Barreto, distinguido escritor y filólogo de nota.

Aunque en ella expone el Doctor Barreto ideas á veces en desacuerdo con las nuestras, no hemos vacilado en darle publicidad, porque en el amplio molde ecléctico de nuestra Revista caben todas las escuelas y todas las ideas literarias no reñidas con la Belleza, y porque no deja de ser motivo de legítimo orgullo para nosotros, contar en el número de nuestros colaboradores una personalidad de tanto mérito como es la del ilustrado gramático nicaragüense.

León de Nicaragua, 16 de Junio de 1904.

Señores Redactores de EL HERALDO DEL ISTMO.

Panamá.

Muy Señores míos:

He leído con vivo interés los ocho números de EL HERALDO DEL ISTMO, que han tenido Uds. la amabilidad de enviarme.

No pertenezco en literatura á la escuela modernista; sin embargo, me complace, y mucho, aspirar el perfume de las flores de campos nuevos.

Les supongo á Uds. jóvenes, y ansiosos de abrir surco en mares turbulentos y desconocidos; yo, por el contrario, voy contemplando ya las tristezas del Ocaso (47 años), y muellemente recostado en vieja góndola, gusto de navegar sobre las mansas y bonancibles aguas del Pacífico.

Pueden Uds. tener la gloria de enderezar su barca con rumbo á la tierra de promisión, pero no olviden tampoco que el camino es largo, y sembrado de escollos; que es en ignotos mares donde la brújula flaquea, y donde el navegante sucumbe, envuelto en inmensos torbellinos de agua, ó arrastrado por indómitas trombas sobre agrios y espantables arrecifes. Muchos, muchísimos, son los que ponen el pié en la montaña; pero pocos, muy pocos, los que llegan á la cima.

No sé que piensen Uds. sobre la divergencia de los bandos, que hace más de cuarenta años se disputan el predominio literario, como antes se lo disputaron, con encarnizado empeño, el romanticismo, que rompía brecha, y el clasicismo que pugnaba por rechazar y anonadar al enemigo.

Beriso—escritor para mí de no sobresaliente empuje—juza con lastimoso desdén á Ferrari y á Grilo, á quienes llama zurcidores de lugares comunes, y aplaude, á veces, hasta los delirantes extravíos de sus compañeros de escuela.

Yo no participo del loco ardimiento del secretario; recojo y admiro las flores que en ambos campos crecen, cualquiera que sea la mano que las siembre.

A la sombra del modernismo—palabra de vasto alcance—pueden cobijarse innumerables escuelas; permítanme dividir las en dos grandes grupos: Escritores y poetas impregnados del rico aroma de la literatura francesa, y escritores y poetas que han bebido su inspiración y sus luces en las gloriosas páginas de los buenos libros españoles. Entre éstos, yo me quedo á los últimos. Rabén Darío y Amado Nervo me seducen más cuando llevan en sus manos las espigas de oro cortadas en nuestros campos, que cuando las toman allende nuestras hermosas y fértiles tierras.

Nuestra literatura es en general la misma literatura española, afrancesada á veces; pero bañada siempre por los rayos de nuestro sol, empapada en el perfume de nuestras flores vírgenes, acariciada por los vientos rumorosos de nuestros bosques seculares: nuestra literatura es la literatura del porvenir. Y entre los modernistas que avanzan, y los clásicos que estacionan ¿quién obtendrá el triunfo? ¿Superará Salvador Rueda, escritor y poeta modernista, de genuina cepa española, á Núñez de Arce, águila caudal de la vieja escuela? ¿Iguarán ó superan Gutiérrez Najera y Julián del Casal—robles de la montaña nueva—á aquel cóndor argentino—Olegario Andrade—que azotó con sus alas luminosas á las más altas nubes que bordaban el cielo? Alirio Díaz Guerra, *trajeado* á la francesa ¿pondrá bajo sus piés á Joaquín Castellanos, en cuya lira tiemblan las vibrantes armonías de los más floridos clásicos españoles? Yo pienso que no. Cualquiera que sea la tendencia literaria de una época, hay que atender al fondo y forma de una obra, sin prejuicios ni apasionamientos, para juzgarla con acierto. Si en ella campean el pensamiento alto, y el sentimiento hondo, y la lengua clara, y pura, y limpia, allí estará la belleza y la gracia, y la originalidad y la fuerza; de otro modo, cualquiera que sea la escuela del escritor ó poeta, no escalará la altura.

Sigan Uds. comunicándole gloriosa vida al HERALDO, y cuenten con la humilde cooperación de su atto, y S. S.

MARIANO BARRETO.

El Gato Rojo

A DARIO HERRERA

ESTRECHAMOS el corro y entonces Adalberto Ruen, el anciano poeta, continuó así su comenzado relato:

El lienzo norte de las paredes de mi bohordilla, verdadera habitación de misero bohemio, cuajada de papeles, libros, suciedades, escalopendras y ratones, el lienzo norte, digo, tenía una pequeña ventana que daba sobre la azotea de una casa vecina: las hojas de esa ventana carecían de postigos y mi carcomida mesa de trabajo, aquella mesa en que tantas veces me apoyé de codos para pensar sandeces más ó menos poéticas ó filosóficas, estaba colocada frente á frente de la ventana.

Cuando mis miradas iban á perderse escudriñando el infinito, habían de pasar por el único observatorio posible, mi ventana, que aún conservaba algunos vidrios ó mugrientos ó rajados! Cuántas veces fija mi vista en el límpido firmamento, sembrado de astros luminosos, y teniendo á mi alcance un enorme jarro de agrio vino transcurrieron para mí largas, larguísimas, casi incontables horas de verdadero *no ser*, con la mirada tendida hacia lo inmenso y llevando, como un autómata regularizado, el jarro de lata á mis labios, á mis resecos y febles labios!...

Y así se deslizaban lentas mis horas de estúpida inanición hasta que el vino, ese vino detestable intoxicante, pero económico y que durante mucho tiempo he saboreado con espasmódica fruición, me condenaba á una laxitud, á un sopor enervante que me hacía soñar despierto!...

El vino! oh el vino!... Que bello es el placer experimentado cuando al tragarlo pausadamente catándolo con delicioso éxtasis, se siente deslizar como una viborilla de fuego, de la boca á la faringe, de la faringe al esófago y del esófago al estómago, raspando las delicadas paredes membranosas del tubo conductor y produciendo algo así como un débil, refinado desgarramiento de entrañas, que termina en una contracción muscular, en un hipo, en un suspiro de satisfacción.

Y en mis noches de reservada y solitaria embriaguez, cuando mi vista vagaba intensamente perdida en el amplio oceano de terciopelo azul marino, ¡cuántas veces me estremecía con temblores de azogado al ver pasar rápidas, casi magestuosas en su pequeñez, las siluetas de grandes gatos trasnochadores, y al sentir el monótono, el lúgubre y caluroso maullido del felino en celo y el casi rugido del furioso!...

Y parece que de exprofeso, como para lastimar más y más mis debilitados nervios, para que se me erzasen, como presa de horrible terror, mis carnes y mis cabellos, una procesión de esos tigre-cillos degenerados desfilaba pausadamente como en un acompañamiento fúnebre, atormentándome con sus fosforescentes pupilas. Y todos ellos las clavaban con insistente fijeza en mis ojos espantados!...

Los gatos ¡oh los gatos!... Cuánto odio alienato desde entonces por esos *tanibles* angolas, por esos hermanos del feroz *chat sauvage* de las selvas francesas!... ¡Que horror les tengo! Cómo les temo al verlos deslizar cautelosamente, desconfiados y traidores, sin hacer el más leve ruido

merced al almohadillado elástico que reviste la extremidad de sus ágiles miembros. Solo entonces llegué á concebir é imaginarme el horror de Poe ante el aspecto de su Gato Negro con una órbita vacía; y al encontrarlo emparedado!...

¡Que extraña tensión nerviosa aun hoy mismo al relatarlo!...

Miramos curiosamente al poeta Ruen, apuramos nuestras copas y el narrador prosiguió:

En una de esas malditas noches de fantasmas y maullidos tenía yo mi vista fija, clavada en la procesión interminable...! Que infierno!... De pronto la ví borrándose rápidamente en el infinito, desaparecer esfumada en el amplio y oscuro manto tachonado de luciérnagas fijas; pero aún no había reaccionado de mi sorpresa, cuando á través de los mugrientos vidrios de mi ventana, ví destacarse clara, patente, amenazadora la singular silueta de un enorme gato de pelo rojo, casi tan rojo como la sangre, que me miraba fija y ferozmente... Parado en el marco le veía por completo: rígido el ancho lomo, erizados los pelos, en alto su gruesa cola, atento el oído, en su aplastada cara dibujándose rudamente las fuertes mandíbulas, y mirándome...! Cómo me miraba!... Qué ojos amenazantes! Aquellas dilatadas pupilas lanzaban rayos... Yo me he tratado con los esposos Currie y conozco las propiedades luminosas del *radium*: pues bien, aquellas dos pupilas eran dos regulares partículas del maravilloso mineral... Esa mirada me sugestionaba bien á pesar mío: quería moverme, quería rebelarme á aquella influencia, pero me era imposible: estaba como atado; también quería desviar mi mirada y tampoco podía. Aquel animal me dominaba con la vista, me fascinaba!...

Sin poder separar mis ojos de los suyos, llevé el jarro á mis labios y, mirándole, siempre mirándonos, apuré hasta la última gota... No se, pero me pareció que se sonreía contraídas sus facciones en rictus feroz... Un calofrío me estremeció!...

Así me sorprendió la mañana, una de esas mañanas deliciosas del mes de Noviembre. La tonificante luz del alba despejó las tinieblas de la noche, y el tiempo transcurrido las de mi oscuridad cerebral. No pude darme cuenta de si había visto visiones ó experimentado realidades. El gato ya no estaba en la ventana; yo tampoco recordaba haberle visto desaparecer; se había evaporado.

Pero á la siguiente noche volví á verlo amenazador, terrible en su rígida inmovilidad, en su sántico estoicismo; y volví á verlo en la siguiente, y también en la otra!...

Las noches! oh las noches!... Esa noches de angustiosos insomnios, de delirante embriaguez, de nervioso temor, de vacilaciones y temblores, de quiméricas fantasmagorías!...

La fuerza de la costumbre me iba amoldando algo, muy poco, á la nocturna é infaltable visión de aquella fiera que me pulverizaba con su airado mirar.

Un día, con el importe de una oda macabra, adquirí un rifle de infima explosión, que esa noche cargué y puse al alcance de mi diestra, sobre el escritorio. Y después de haber tomado mucho, pero mucho vino, esperé pacientemente á mi

noctámbulo enemigo, con el arma en una mano y el jarro, lleno de precioso líquido rubí, en la otra. Era una noche de plácida calma, silenciosa, cálida, refrescada apenas por una finísima llovizna estival....

Y á poco fué destacándose, hasta aparecer como siempre inmóvil y desafiador, el terrible gato rojo; me lanzaba rayos de fosforescencia aniquilante. Me sentí, como siempre, fascinado; pero un supremo esfuerzo, el esfuerzo inmenso de la agonía moral, me dió, por medio minuto suficientes bríos para empuñar con mi temblorosa mano derecha el rifle y echándomelo á la cara, apuntarle y disparar.... En el mismo instante á mis espaldas, en la puerta de mi cuarto, sonó una estridente carcajada.... En la ventana... no había errado ..

Todo erizado, temblando, pálido, sudoroso, me levanté y salí de la habitación; Al trasponer la puerta me rocé con un cuerpo que me pareció enorme, frío, húmedo, viscoso... sentí murmurar algo ininteligible.... La histérica carcajada aún repercutía fatídicamente en mis nervios auditivos.... Corrí á la azotea contigua: en el piso, bajo la ventana, nada había... Recorrí los tejados como un perseguido, revisé todo, todo lo escudriñé, pero nada, absolutamente nada anormal ví.... Ni rastro del enorme gato rojo....

Creí por un instante volverme loco y sin embargo, al mismo tiempo tal vez debido al fresco ó á la garúa, sentía algo así como mejorar, serenarme.... aclarar mis ideas, mis pensamientos.... Con paso más calmado, volví pausadamente á mi habitación, á ese cuarto de verdadero bohemio en uno de cuyos rincones ví, á la incierta luz de la agonizante lamparilla, una sombra humana que se agitaba convulsivamente lanzando huecas carcajadas de ultratumba ...

Temblando, pero furioso, me arrojé sobre aquella inexplicable aparición.... —¿Estás loco?—oí que gritaban.... Me comencé á serenar, porque reconocí á mi buen amigo, á mi casi hermano Alfredo de Livoniere, el popular literato que todos conocemos, quien adelantándose hacia mí, humedecido por la lluvia y riéndose aún fuertemente, me obligó á echarme sobre mi jergón, donde me quedé profundamente dormido y donde soñé con fantásticas aventuras de los tejados, hasta que los alegres rayos de un sol regiamente primavera, vinieron á infiltrarse por los mismos vidrios mugrientos tras los que tantas veces yo divisara la horrible silueta del enorme gato rojo ...

Desde entonces mejoré mucho, tanto moral como físicamente... agregé con ingenuo convencimiento, Gualberto Ruen, el anciano poeta....

LUIS M. BLAZQUEZ.

Buenos Aires, (R. A.) Mayo de 1904.



¡Sola!

POR LUIS G. URBINA

¿A qué negarlo más? Nueva Graziela por un ausente bardo estás de duelo; sólo su amor te anima y te consuela, y su amor, como todo lo que vuela, huyó del nido y se perdió en el cielo!

Yo sé que tiembla el labio y te sonrojas al recuerdo feliz de fausto día; y que á veces, colmando tus congojas, las blancas margaritas que deshojas te dicen que te quiero todavía!

Sé que al morir la tarde, con inquieta, triste mirada, el horizonte mides, y en el delirio de pasión secreta, de la hermosa figura del poeta, que se alza en el espacio, te despides.

Sé que en las largas noches, cuando el pecho una horrible catástrofe presiente, sin rencoros, sin odio, sin despecho, te arrodillas, llorando, sobre el lecho, para rogar á Dios por el ausente.

Sé que hay un talismán que guarda esos tesoros de ternura en los amores; que lo abres sé, llegando en tus excesos á creer que el perfume de los besos aun vago queda en las marchitas flores.

¿A qué negarlo más? te hablo al oído: cuando te miro así, la dicha pierdo. Yo también, como tú, nunca he podido empapar en las aguas del olvido el ropaje de luz de mi recuerdo!

Las glorias del amor vuelan de prisa; siempre hay una beldad llorando á un bardo: Julieta que se queja con la brisa, ó la nevada toca de Eloísa sobre el yerto sepulcro de Abelardo.

No puede reflejarse la esperanza sobre tu nívea frente de camelia; el amor es así: mal y asechanza; que mientras Hamlet sueña en la venganza, suspira y canta y enloquece Ofelia.

Llora tu pena, aguárdale entretanto: él volverá tal vez... tu afán aquieta; que más sentido y dulce será el canto cuando caigan las gotas de tu llanto sobre la lira de oro del poeta.



SEÑORITAS RAMONA EMILIA Y MARÍA ELENA LEFEVRE



Hierática

*Tiene BABY grabado en la pupila
oscuro y enigmático problema,
con ese fuego que calcina y quema,
y á las débiles almas aniquila.*

*Y de TRONA en la frente ... allí tranquila
brilla la luz de un misterioso poema,
purísimo, sagrado, dulce emblema,
fulgente albor de su alma que rubila.*

*Quién pudiera decir que la hermosura
de esos rostros distintos no traspasa
al corazón más lleno de amargura?*

*Más de la vida en los inmensos cielos,
BABY es el rojo Sol que nos abrasa,
TRONA es el pálido astro de los cielos.*

Solas.



Silvia

PARA F. C. ROYO

Carecía de artificios.

No hubiera podido ocultar sus emociones; sus alegrías ni sus abatimientos.

Su alma tenía la transparencia del cristal pulido.

¿Dónde y por quién surgieron en ella las primeras ilusiones?

No lo sé, ni me importa.

Pero ví que mi rostro se reflejaba en aquellos ojos azules y tranquilos como un lago y soñé con delicias inexplicables, con goces que no tienen nombre.

¿Por qué surgió entre nosotros el abismo? Aquel abismo se llamó primero AMBICIÓN. Después se llamó SEPULCRO, que significa ETERNIDAD.

Yo sentía en mí ser los sacudimientos del genio y sus aberraciones.

¿Qué hice para enagenarme sus afectos?

Alguna, escentricidad que pareció monstruosa. Algún capricho genial.

No lo sé.

Pero el culto era puro en mi alma para aquella imagen y probándolo está la inmortalidad del recuerdo!

Ella no quiso esperar.....

Qué?

La aurora que ahora empieza á surgir, la aparición del sol en el horizonte de nuestra comunitór de anhelos!

Quiso marchar, durante la noche, engañada por los fuegos fátaos del pantano.....

Quiso llegar á la gloria y equivoó el sendero; se hundió en el abismo sin fondo de la desesperación!

¡Es la historia de todos los impacientes!

No surgió á la luz, cayó en las hondas tinieblas!

Y todos mis esfuerzos fueron estériles y todos mis ruegos inútiles.

Pasó á mi lado arrolladora, coronada de azahares, resuelta aunque triste, con la sonrisa en los labios y las lágrimas rebeldes en los ojos....

Parecía que triunfaba.

Pero triunfaba por un instante; aquello era un relámpago.

Una vez consumado el sacrificio empezaron las amarguras.

La cruz era pesada y nudosa, larga la jornada y Cirineo olvidaba á menudo su cargo....

Emprendida la marcha hácia la cima, surgieron las asperezas de la montaña que ella no había calculado.

¡Y no llegó á la cumbre!

Yo la contemplaba desde abajo, trémulo y anhelante y la ví vacilar y la ví desfallecer.....

Mártir y pura, volvió hácia mí los ojos suplicantes y llorosos....

Había en su rostro algo como la plácida palidez del sepulcro..... estaba resignada.

¡No me pedía auxilio; me pedía perdón!

¡No me decía VÉN.... me decía ADIOS!

No podía pedirme ayuda—hubiera muerto pri-

mero—pero sí podía mirarme y sabía que yo entendería lo que sus ojos querían decirme.

¡Oh amada de mi alma!

Quise correr á su lado y me dijo: ESPERA!

La dejé seguir sola

¡Sola y rodeada de sombras!

Y volví los ojos á mi propio horizonte. Detrás de la *selva oscura* surgían rayos luminosos, ténues al principio, pero crecientes siempre!

¡Era el sol naciente!

Quise que aquella luz se quebrara en las obúrneas gradas de un trono para ella elevado; que aquellos luminares reflejaran en sus cabellos de oro.

Quise verla una vez más, fulgurante y hermosa, envuelta en resplandores de gloria . . .

¿Qué nos importaba el mundo?

Aquello era una multitud de acéfalos!

Corrí al lugar donde la había visto la vez última y no estaba allí

La llamé á gritos.

Nadie respondía.

En el fondo de mi alma apareció su imagen, hermosa como siempre y como nunca, pálida y sonriente, desprovista de todo atributo carnal.

¡La muerte había vencido al dolor!

Espantosa soledad me rodeaba . . . busqué en todas direcciones, aparté las malezas del camino y en el panteón inmenso ví una lápida iluminada por los pálidos rayos del sol de mi gloria . . .

Me acerqué y leí un nombre:

¡SILVIA!

Arrojé sobre aquella lápida algunas siemprevivas.

Y allá, del otro lado del abismo, resonó una carcajada estridente y satírica

Era Cirineo que reía . . . !

DELIO.



El Antifaz

POR SIMON RIVAS

En una de las tantas visitas que con frecuencia hacíamos á Doña Berta, sucedió que sin mayor violencia ni brusca transición, venimos á tratar de un asunto que en nuestro natural curioso, había despertado no muy escaso interés.

Hacía tiempo que un antifaz de raso verde, todo polvoriento y marcadamente descolorido, colgando arrugado de una de las paredes de la sala, había llamado nuestra atención, sin que hasta ese día, por temor de exhibirnos indiscretos ante quien nos dispensaba especiales consideraciones, nos hubiéramos atrevido á formular una solicitud inquisitorial á fin de averiguar el origen y los motivos de encontrarse allí, como un trofeo, el supra-dicho antifaz.

—Perdone usted, Doña Berta,—la decíamos nosotros— más por lo maltratado que se observa,

parece que ese antifaz ha corrido más de una verbenaz y quizás algunas noches de jolgorio, ó hay que convenir en que es cierta la antigüedad que manifiesta.

—Su primera suposición es para mí del todo falsa—nos contestó Doña Berta, con una pausa que indicaba reflexión y en cuanto á la segunda es del todo verídica, por cuanto la historia de ese antifaz, que en seguida referiré á usted, data de medio siglo atrás, figúrese usted, de cuando yo principiaba á concurrir á los primeros bailes y á frecuentar las primeras tertulias en mi juventud.

Oiga usted: en aquellos tiempos mis padres ocupaban una casa en el centro de la ciudad, cuyo fondo enfrentaba con otro edificio de igual construcción y donde no recuerdo quién, establecida una fonda ó casa de huéspedes. Con frecuencia había notado que en una de sus ventanas laterales solía enclavarse, por decirlo así, el busto de un hombre que con particular insistencia solía no sólo verme, sino contemplarme con una fijeza que no dejó pasar inadvertida. A decir verdad, luego que reparé en el sujeto y comprendí que pretendía hacerme señas, fué tal la repugnancia y antipatía que me inspiró que puse especial empeño en que no me viese ni en la ventana ni en el balcón. Después de muchos días y por modo inusitado llegó á mis manos una carta pasional, una carta que apesar de sus ternezas y lirismos de poeta romántico, me llenó de un horrible disgusto aumentando mi repugnancia hacia el vecino de enfrente.

Ahora se me ocurre pensar que usted quisiera saber quién era el tal sugeto, y de si era ó nó digno de mi atención, reparos estos á los que sólo podría informar que se llamaba Benito, empleadillo regularmente acomodado de no sé qué almacén, con marcados ribetes de poeta y por ende, más aficionado de lo que era menester á la poesía lírica, que á despachar zarazas, encajes ó bayetón. Aunque de maneras suaves y atentas, á mi siempre me parecía desgarbado y hasta vulgar, pero lo que más me chocaba, lo que para mí llegaba á lo insostenible, era verle la nariz que parecía una mazorca, continuamente cubierta de granos ó barros que casi ejercían la jefatura de tumores, agregando á este defecto otro no menos capital, cual era el de llevar con frecuencia los pantalones arremangados, lo que permitía dejar en exhibición unos pies enormes más notables aún por las agudas protuberancias de dos juanetes que á guisa de forzados prisioneros, pretendían romper el cuero que estrechamente los encarcelaba.

Así las cosas, en la aferrada insistencia amorosa de Benito, que no dejaba un momento de manifestarse en versos melancólicos, rondas y serenatas por la calle donde vivía, aconteció que para festejar una gloriosa fecha nacional, se acordó efectuar un baile de máscaras al que fui invitada, previo consentimiento de mis padres.

Yo me hallaba en aquella época de ardiente expectativa y de prometedoras ilusiones que brotan de una fantasía fecunda y ardorosa, que tiene su mejor estímulo y alimento á veces en el conocimiento exagerado que nosotros las mujeres tenemos de

nuestra belleza y hermosura. Comenzaba como evago despertar de un ensueño y en pleno vigor y lozanía, la esperanza de una dicha 'nacabable' me dormía en el abrigo de su sombra siempre amorosa y protectora en los anhelos de nuestra juventud.

Es del caso advertir á usted, que mi inclinación hacia el que después fué mi esposo, ya era bien clara y definida en aquellos días. Yo amaba á Esteban.

Llegó la noche en que se iba á verificar el baile mencionado. Púseme mi vestido de aldeana española que para el efecto había elegido mi madre, y á la hora oportuna me hallé en el salón resplandeciente de luz y regocijo.

Bien sabía yo que Esteban iría vestido á lo Enrique IV, que una pluma blanca orlaría su gorra de rojo terciopelo y que de raso verde llevaría el antifaz; así es que al presentármese un enmascarado con la referida indumentaria en solicitud de que bailáramos un vals, no tuve inconveniente y accedí en seguida.

Una vez en el torbellino del baile, sintiéndome cada vez más oprimida por unos brazos que se me hacían de hierro, dije un poco sofocada:

—Esteban, usted me aprieta demasiado. Qué es eso?...

—Perdone usted Berta, pero yo soy Benito. Esta ha sido y es la única hora dichosa que yo he disfrutado en esta vida. He sentido tantos...

Ignoro como Benito terminaría lo que iba diciendo, pero es lo cierto que una sacudida de cólera violenta me extremeció el cuerpo, y con un impulso de aspeza despreciativa le dije procurando desprenderme de sus brazos:

—¡Quite allá! usted me es antipático, y lo detesto, y hágame el favor de no hablarme una palabra más!

—Yo la idolatro Berta, yo ambiciono ser su esclavo; yo deseo... yo quiero...

No sé lo que querría ni lo que deseaba Benito, porque dejándolo con la frase en la boca, corrí á ocultarme en uno de los cuartos interiores.

—Pero de qué artes misteriosas— dijimos nosotros—se valió el amartelado Benito, para presentarse en el baile con el disfraz que, por anticipado, sabía usted que era el que llevaría Esteban?

—Pues, ese es el punto que ni Esteban ni yo jamás esclarecimos con entera verdad. El me refirió después que el mismo día en que se efectuó el baile y ya en horas de la tarde, fué que echó de menos su disfraz, y que siendo infructuosas cuantas pesquisas hiciera para encontrarlo, se vió en el caso de privarse de asistir al baile, sorprendiéndole sobremanera lo que ocurrió después. Es de suponer que Benito quizás lo sustrajo personalmente de su habitación ó quizás por medio de soborno en algún criado, logró adquirirlo oportunamente. Pero estas son meras conjeturas; lo único real es, que ocho ó diez días después de lo sucedido, y un

poco antes de la hora de almuerzo, sentí un ruido y bullicio como de riña ó pendencia que hubiera en la calle, cuando al mismo instante se me presentó la criada diciendo:

—Señorita, asómese al balcón, para que vea al loco que hace días anda disfrazado por las calles.

Corrí impulsada por la curiosidad; y cual sería mi sorpresa; era Benito, rodeado de muchos y gendarmes. Benito era el loco disfrazado, y quien al verme, con un movimiento rápido, incomprensible, se arrancó el antifaz de la cara y estrujándole entre sus manos lo arrojó con certeza á mi balcón, gritando con voz sonora:

—Recibe, gentil señora, la faz que te es simpática, y acuerdate de mí!

Y no supe de más nada, por que sentí miedo y fuí á ocultarme de las miradas del demente.

—Y Benito, después? .. insinuamos nosotros

Ah! después, oí decir que Benito curó de su demencia y que se hizo vagabundo. Pero yo no lo he vuelto á ver jamás—repuso Doña Berta—con un acento que indicaba el final de su relato, y en tanto que en sus ojitos negros notábamos un breve y húmedo parpadeo que denunciaba una vaga tristeza ensombrecida por el recuerdo y la aflicción.



Gólghota

POR ANDRES A. MATA

Jerusalém! Jerusalém! Yo he visto la medrosa colina que blanquea no lejos de tus lúgubres murallas.

Yo también, como Cristo, el radiante bohemio de Judea, he peleado con fé grandes batallas y he tenido mi Gólghota!

De Judas sentí el beso traidor en las mejillas; y presa el alma de mortales dudas y con la cruz del sufrimiento en hombros, la sangre de mis pies y mis rodillas corrió por entre fúnebres escombros!

¡Oh, tú, la de Magdala! Tú, la única pasión arcana en mis dolientes días. Yo ví que con los pliegues de la túnica te secabas el llanto que vertías!

¿No aguardas el Thabor? Yo lo presiento. Y aunque tiene también el pensamiento, lo mismo que el amor, triste destino, enfrente de la plebe farisea, así cual lo presiento, lo adivino. ¡Con la fé que llevaba en su camino el radiante Bohemio de Judea!

Páginas del Istmo.

CORSARIOS Y PIRATAS.

Por S. J. D.

LAS poblaciones del Istmo de Panamá, durante el régimen colonial de España, tuvieron un largo período de espectáculo angustia y de temores sin fin, infiltrados aquella y estos en el ánimo de los moradores con carácter intermitente. Las autoridades locales y las generales de la monarquía no dieron, á su vez, tregua al alarma y al recelo, cuyos fundamentos y razones descansaban sobre hechos repetidos de acometimientos extraños, que pusieron de manifiesto, desde luego, con el derrocho de audacia, de valor y de crueldad de que sus autores dieron muestra, la calidad de adversarios que tenía que combatir el poder español, para librar á sus colonias del rastro de rigores con que marcaban su paso esas bandadas de aventureros sedientos, que los puertos de Inglaterra y de Francia, especialmente, echaron periódicamente sobre las costas americanas conduciendo la tea y el tajo, el despojo, el exterminio y la muerte.

Desde que apareció sobre las costas de la Nueva Granada la primera empresa de piratería acudillada por Roberto Baal, la intranquilidad y el desasosiego vinieron á turbar en los colonos de Panamá y en sus nativos, la idiosincrasia de actualidad comercial que fué en toda época la vida de la capital istmeña. Las depredaciones cometidas en Santa Marta y en Cartagena por aquel corsario francés en 1544, y las que cometió años después en las mismas poblaciones Martín Cotes, francés también, se imaginaron posibles de tener teatro semejante en la población de Nombre de Dios, á orillas del Atlántico; pero la confianza y el orgullo hispanos consideraron siempre fuera del alcance de todo atentado similar á la ciudad de Panamá, defendible por el grueso de la estructura istmica en toda su extensión de mar á mar.

Nuestras costas fueron muy presto visitadas, aunque con fines meramente mercantiles, en 1565 por un capitán Parker, inglés, quién desembarcó en el Darién del Norte llevado por el propósito ostensible de negociar con los indios. Noticiadas de esto las autoridades, armaron una flotilla contra el intruso, pero con resultado tan deficiente, que Parker no solo rechazó á sus contrarios, sino que les quitó uno de los buques del escuadrón.

Con antecedentes tales, no fué, pues, un acontecimiento fuera del límite de lo previsto, que Francisco Drake cayera al amanecer de un día de 1572 en Nombre de Dios con 73 compañeros sacados de Inglaterra en dos corbetas, y que pusiera en apurado trance á la fuerza regular que guarnecía la población. El ataque y la defensa revistieron las formas de lo heroico, durante la lucha todo el día, al fin del cual los asaltantes cedieron ante la constancia y el valor de los españoles, constancia y valor puestos á dura prueba en la jornada. Embarcados sin ser perseguidos, Drake mismo herido en una pierna por un tiro de mosqueta, fueron los ingleses á buscar el abrigo de seguros y

escondi los puertos en la costa de San Blas, donde fraguaron el importante plan que poco después llevaron á cabo con tanto entusiasmo y decisión como éxito. Internándose en el país por ignoradas y fragosas vías, conducidos por guías negros, lograron acercarse al camino real de Panamá, donde sorprendieron el valioso convoy de tesoros en marcha á embarcarse para España en la flota de galeones que lo aguardaba en Nombre de Dios. Tres reenas con total de 190 bestias mulares conducían 30 toneladas de oro, plata en barras, joyas y objetos de valía, y ese fué el botín entre el cual escogieron á sus descos los corsarios, después de poner fuera de combate á la fuerza que lo custodiaba. Ganada luego, apresuradamente, la costa y échose á la mar, Francisco Drake entró con su cuadrilla en la rada de Plymouth el 9 de Agosto de 1573 á la hora en que se oficiaba la misa. Los cronistas dicen que cuando la noticia de la llegada se esparció por la ciudad, en un momento hombres y mujeres abandonaron su devoción, y saliéndose de la iglesia, acudieron á la playa, para dar la bienvenida á su bravo compatriota que volvía al nativo suelo con tanto oro como gloria.

Iniciados de este modo los actos de despojo á mano armada, el Istmo atrajo con singular preferencia periódicos y diversos grupos, más ó menos numerosos, de esos valientes forajidos cuya reputación creció de modo tal, que á la fantasía pusilánime de los habitantes se les presentaba ataviados con vestiduras mitológicamente sugestivas, contribuyendo ello á los fáciles y sucesivos éxitos obtenidos en combates numéricamente desiguales en su contra—las más de las veces—librados á las fuerzas españolas que guarnecían las poblaciones ribereñas al mar, y también á los destacamentos estacionados en algunas del interior del país.

Así, al suceso espléndido obtenido por Drake, sucedió tres años después, en 1575, otro de éxitos completamente contrarios. Fueron también ingleses sus autores y Juan Oxcham se llamó el atrevido capitán cuya fué la idea á la cual no correspondieron los resultados. Habiendo acompañado á Drake en su expedición de 1572 al Istmo, concibió el plan de atravesar éste y lanzarse en las aguas del océano Pacífico á hacer presa en las naves que lo surcaban cargadas de riquezas en su tráfico entre el Perú y Panamá. Salido de Inglaterra con 70 compañeros, desembarcó en la costa de San Blas é internose en el país hasta encontrar el río Chepo. Bajando por esta vía fluvial en una barca de quince pies, construída expresamente, ganó el mar, hizo presa en un navío que llevaba \$ 60,000 oro, y otro procedente del Perú, donde encontró \$ 100,000 plata. No satisfecho todavía hizo rumbo á las Islas de las Perlas en las cuales colectó una pequeña cantidad del precioso molusco, y entonces disponiendo el regreso, entró en el río por el cual había bajado. Pero las noticias de la presencia de los ingleses por estas vecindades fueron comunicadas á Panamá por negros salidos con ese fin de las Islas Reales, como se las llamaba entonces, é inmediatamente una fuerza de 100 hombres al mando de Juan Ortega salió por mar, en su persecución. Los ingleses fueron alcanzados y batidos, y el tesoro rescatado. Algunos que sobrevivieron al desastre, entre ellos Oxcham, anduvieron errantes por algun tiempo entre los indios;

pero vendidos al fin, pagaron con su vida la acción de la primera empresa de piratería llevada á cabo en aguas del mar del sur.

Estos actos atrevidos, ejecutados con intervalo tan corto, decidieron á las autoridades españolas al esfuerzo de tratar de contener nuevos desembarcos, predisponiéndose á la mejor defensa de las costas. A ese efecto, en 1580, dispusieron estacionar tres buques de guerra para guardar éstas, á la vez que se ordenó libertar á los criminales para emplearlos como tripulantes en las naves. Algunos años después (1591) se mandó erigir fortificaciones en la población de Cruces y en otros puntos del Istmo, señalándose al propio tiempo el lugar para levantar un fuerte en las bocas del río Chagres.

Esto obedecía á la razón de que salían de puertos europeos varias y constantes expediciones de corsarios con intentos de asaltar las poblaciones españolas de la América; pero no fué hasta 1595 cuando una escuadra de guerra enderezó su rumbo directamente al Istmo.

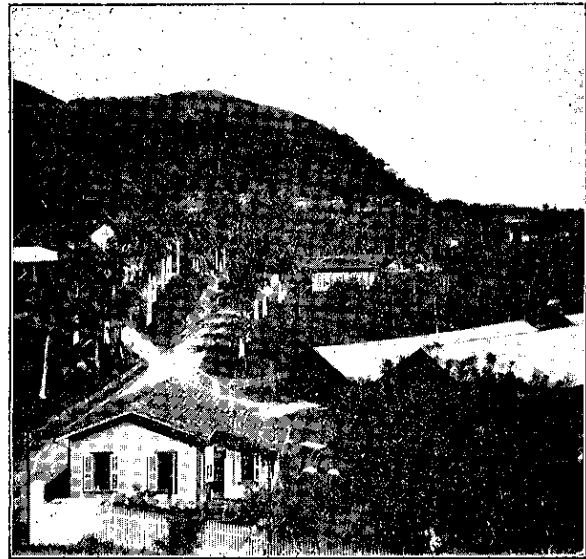
El 25 de Agosto de ese año, seis navíos de línea equipados á espensas de la reina Isabel de Inglaterra, salieron de la rada de Plymouth, acompañados por veintitún barcos más que costeó la suscripción privada. La fuerza total de la expedición alcanzaba á 2,500 hombres. Su Jefe era Drake, quien ya se llamaba Sir Francis, título que le acordó su soberana después del famoso viaje de tres años (1577-1580) al rededor del globo. Como Comandante General de las fuerzas de desembarco estaba nombrado Sir Thomas Baskerville.

No obstante las precauciones que se tomaron para ocultar los preparativos y luego los propósitos y rumbo de la expedición, Felipe II tuvo conocimiento, algo después de su salida, de que Drake intentaba adueñarse de Nombre de Dios y marchar á Panamá, tocando antes en Porto Rico. Por esta circunstancia los ingleses encontraron al llegar á esta isla debidamente preparados á los españoles para hacer una resuelta defensa, y después de un ataque infructuoso contra la plaza de San Juan con pérdida de cincuenta muertos y mayor número de heridos, la expedición ajustó rumbo hácia el continente.

Las poblaciones de Ranchería, Ríohacha y Santa Marta, fueron incendiadas; Nombre de Dios tomado sin resistencia casi y arrasados sus edificios; pero Baskerville que marchó con 750 hombres de infantería al ataque de Panamá, fué derrotado por los españoles cuando había recorrido apenas la mitad de su camino, y la fuerza invasora regresó el 2 de Enero de 1596 á las humeantes ruinas de Nombre de Dios, hambreada, reducida y presa del mayor abatimiento. Este desastre afectó profundamente á Drake, contribuyendo á postrarlo más en la enfermedad que había cogido durante la campaña. El 28 de Enero dejó de existir, cuando su flota entraba en la bahía de Portobelo. A la distancia, de una legua de tierra encontró un sepulcro de marino: sus restos mortales bajaron al fondo de las aguas en una caja de plomo, saludados por las salvas de artillería de los buques.

Después de la muerte de Drake, Baskerville volvió á Inglaterra con la gente que le quedaba, encontrándose en la travesía con la escuadra española al mando del Teniente General Bernardino de Avellaneda, con la cual tuvo que lidiar, quedando tan maltratada la escuadra inglesa que sólo ocho buques lograron escapar.

Destruída, como hemos visto, la población de Nombre de Dios, Francisco Valverde y Mercado fundó con los moradores de aquella, la ciudad de San Felipe de Portobelo el 20 de Marzo de 1597. El monarca español ordenó, por otra parte, proseguir las obras de defensa iniciadas en 1591, y á la llegada en 1601, del nuevo Gobernador, Don Alonso de Sotomayor y Andía, Marqués de Valparaíso, comenzaron con tesón á levantarse las fortificaciones de Portobelo bajo la dirección del Ingeniero Juan Bautista Antonelli, para defender la nueva plaza de futuros atentados de los piratas. Esto no obstante, y apenas construyéndose la ciudad, fué objeto de un atrevido ataque,



ZONA DEL CANAL.

CERRO ANCON.—VISTA GENERAL DEL HOSPITAL.

cuyos autores pusieron de manifiesto una vez más, el valor y la decisión que siempre los animó en la consecución de sus fines.

William Parker, como su nombre lo indica, inglés, fué el Jefe de esta otra empresa, que como las anteriores, se organizó y salió de las costas de Inglaterra. En Noviembre de 1601 se hizo á la mar con 200 hombres de pelea, y luego de una serie de aventuras de provecho en las islas de Cabo Verde y costas de Venezuela y Nueva Granada, arribó á las nuestras del Atlántico en comienzos del año 1602 recalando en Bastimentos para procurarse algunos guías negros que lo condujeran á Portobelo, población que asaltó en la madrugada del 7 de Febrero. Incendiando el caserío de Triana, arrabal de la ciudad, marchó á ésta y por la calle principal directamente á la Tesorería Real, grande y majestuoso edificio cuyas ruinas se conservan aún, donde aguardaba al in-

vasor el Gobernador de la localidad, Pedro Meléndez, al frente de respetable guarnición compuesta de un escuadrón de soldados, ayudados por una compañía de cívicos bien disciplinada. El conflicto que se siguió fué vivo y sangriento, y bien pronto los ingleses vieron mermar sus filas por los claros sucesivos que en élla causaba la fusilería española, bien dirigida desde sus parapetos. La jornada aparentemente iba á dar el triunfo á los defensores de la plaza, pues Meléndez, á la cabeza de 60 escogidos soldados avanzaba para aniquilar el último resto de la diezmada tropa de los aventureros. Pero la suerte se les volvió propicia en esta ocasión también, pues á los primeros disparos cambiados cayó el Gobernador herido en las piernas y en los brazos, acontecimiento que causó el consiguiente desmayo en la fuerza española, que se replegó de nuevo al edificio. Entre tanto, un refuerzo retrasado llegó á Parker, y al final de una lucha todavía de 4 ó 5 horas, la victoria la obtuvieron los piratas.

El botín capturado en la Tesorería ascendió á 10,000 ducados, suma que habría sido mayor, si los piratas hubieran llegado 16 días antes, cuando aún no se habían embarcado 120,000 ducados que se remitieron por ese tiempo á Cartagena. En la ciudad recogieron, por otra parte, una cantidad no despreciable de dinero y de artículos valiosos, obtenidos por despojo violento y por rescate impuesto por su libertad á los prisioneros, además de la captura de dos navíos cargados de provisiones que encontraron anclados en el puerto. El día nueve, satisfechos de su fortuna, levaron ancla los ingleses enderezando rubo á su país.

No fueron estas irrupciones las únicas ni las más crueles que tuvo el Istmo que sufrir: otras, si cabe, más pavorosas y de consecuencias indudablemente más funestas, como que marcaron el principio de la decadencia de sus principales poblaciones comerciales, su ruina y su despoblación, lo aguardaban con cortejo mayor de males y refinamientos máximos de ferocidad.

La impunidad de sus crímenes, el aplauso que éllos merecían de los soberanos y pueblos de la Europa, antagonicos del español, daban nuevos alientos á la caterva de aventureros que pululaba en los puertos ansiosa de adquirir fortuna y *nombre* á tan poca costa. Así, á mediados del siglo XVII los mares de la América se vieron infestados por las flotas de estos ladrones en ejercicios, subiendo de punto, como consecuencia, el recelo y el espanto cada vez mayor, á que daban motivos los relatos horripilantes que pintaban la ferocidad de los piratas.

Por este tiempo adoptaron la denominación de filibusteros y bucaneros; siendo entonces cuando mayor celebridad adquirieron. La historia no ha querido que se confundan con el olvido los nombres de algunos de los Jefes de aquellas hordas marítimas, cuya reputación y fama los hizo acreedores al horror y á la execración de los infelices habitantes que sintieron sobre sí la violencia de sus desmanes.

Descollante entre esas celebridades del crimen por lo bravo y atrevido aparece la figura de Francisco L. Olonnaís natural de Sables, en Francia.

La Habana tuvo que lamentar la audacia y la crueldad de este hombre. Después de cometer depredaciones sin cuento en la costa de Venezuela, y luego en la de Guatemala, se encaminó á las del Istmo, saltando en el Darién, donde fue sorprendido por los indios quienes le dieron una muerte cruel despedazándolo vivo, echando sus pedazos al fuego y las cenizas al viento. Entre los bucaneros ingleses aparece en primera línea el viejo Mansvelt, quien era el Jefe de éstos cuando en 1664 formó el designio de tomar á Natá, haciendo un cruce por tierra desde el mar del norte. Con este propósito salió de Jamaica con una flota de 15 buques y una fuerza combatiente que alcanzaba á 600 hombres, asaltando, para conseguir guías la isla de Sant Catalina, en la que dejó una guarnición de 10 hombres al mando de un comandante francés de apellido San Simón. Procedió seguidamente sobre la costa del Istmo; pero encontrando que el Presidente de Panamá había hecho grandes preparativos para recibirlo, se vió forzado á abandonar su empresa yendo á ejecutar sus hazañas en Costa Rica, donde fué también derrotado en Turrialba, antes de llegar á Cartago, objeto de sus posteriores planes.

Las autoridades de Panamá armaron muy luego una flotilla con la cual recuperaron á Santa Catalina, cuya guarnición se rindió por tratado. Pero los piratas guarnecidos en Jamaica, al tener noticia de esto, despacharon apresuradamente 14 buques para vengar el desastre, y el 2 de Julio de 1665 llegó á Panamá la noticia de que los bandidos habían obligado á rendirse la tropa que quedó de guarnición en la isla, de la cual se apoderaron el 2 de Mayo, cometiendo atrocidades sin cuento.

Don Juan Pérez de Guzmán, Gobernador de Panamá, reunió inmediatamente un consejo de Jefes y de oficiales quedando resuelta la campaña para expulsar á los piratas. Los preparativos con tal propósito, comenzaron en Portobelo, continuaron en Cartagena, y el día 10 de Agosto del mismo año (1665) la expedición se presentó á la vista de Santa Catalina. El 15 de ese mes, previa la intimación de rendirse, se emprendió el ataque por mar y tierra; y bien que los piratas lidiaron con tesón y energía, tuvieron al fin que declararse vencidos. Su fuerza apenas alcanzaba á 71 hombres, que hacían de guarnición. Trasladados los prisioneros á Portobelo, se dió por terminada la campaña.

Hacia 1667 Moises Vanelein y Pedro el Picardo tomaron y saquearon la población de Veraguas llevándose prisioneros á algunos de los moradores. Pero ninguno de los piratas que en épocas distintas ejercieron crueldades en el Istmo, dejó la huella terrible de espanto y de dolor que Enrique Morgan, Portobelo, Chagres y Panamá sufrieron el extremado rigor de la ferocidad de este aventurero. Su aparición en estas poblaciones señala la calamidad más horrorosa que pudieron sufrir en todo el largo tiempo de su existencia.

(Continuará).

Loca de amor

POR RICARDO MIRO

I

No la burléis! Si en la mirada incierta
 lleva como la yerta
 somnolencia de plácida locura,
 pensad tan sólo que un dolor vehemente
 marchitó su alba frente,
 nido de hermosos sueños de ventura.

II

Era del Pueblo la mujer más bella! ...
 La refulgente estrella
 que en el Poniente irradia sus albores,
 no brilla con más luz que aquellos ojos,
 que borran en ojos
 del alma más repleta de dolores.

III

Contaba, Lelia, veinte Primaveras! ...
 Sus cimbreantes caderas
 eran amplias y firmes y ampulosas;
 en su rostro, velando su hermosura,
 flotaba la amargura
 de los que aman las cosas misteriosas.

IV

Algunas tardes cuando el Sol caía
 y el cielo se teñía
 con la luz de violáceos arreboles,
 alegre jugueteaba en la ribera,
 suelta la cabellera,
 cogiendo sonrosados caracoles.

V

Cuando repleto el virginal regazo
 tornaba paso á paso
 hacia el hogar de su dichoso padre,
 prodigaba sus muestras de cariño,
 ya acariciando un niño,
 ya aplaudiendo sus gracias á la madre.

VI

A veces con la falda recogida
 y la faz encendida
 por recóndito anhelo satisfecho,
 llevaba el toscó remo de la mano
 al pescador anciano,
 mientras hinchaba la emoción su pecho.

VII

En esa hora dulce y misteriosa
 en que incierta y borrosa
 luz colora la clámide del cielo,
 iba hacia el pié del monte que en la playa
 semeja una atalaya,
 provista de una caña y de un anzuelo

VIII

Allí anhelante, con la boca abierta,
 estaba, Lelia, alerta,
 y al ver que aprisionado el reluciente
 pez se agitaba, hablando muy bajito
 decía: "¡pobrecito!",
 y arrojaba el cautivo á la corriente.

IX

Otras veces la atónita mirada
 fijaba en la azulada
 línea del horizonte, y en presencia
 de aquella inmensidad muda y sombría,
 la joven presentía
 que un algo le faltaba á su existencia.

X

Era una noche de bullicio y fiesta! ...
 Entusiasmada orquesta
 inundaba los pechos de alegría:
 La Villa celebraba la llegada
 de Rodrigo Celada,
 que hecho un portento al pueblo se volvía.

XI

Y aunque en la capital hizo una vida
 disipada y perdida,
 la gente cifró en él todo su anhelo;
 que para usar ufano la presea
 de Médico de Aldea
 á cualquiera habilita un escalpelo.

XII

Era Rodrigo un atildado mozo,
 gallardo y presuntuoso,
 que hablaba con soltura y arrogancia! ...
 Ninguno de los chicos de la Villa
 usaba la perilla
 cortada con más gusto y elegancia.

XIII

En las fiestas y alegres excursiones,
 en bailes y reuniones
 no mostraba interés por moza alguna:
 Era como la inquieta mariposa,
 que va de rosa en rosa,
 sin detenerse á acariciar ninguna.

XIV

Más de una vez su corazón gastado
 latió precipitado
 al posar sobre Lelia la mirada,
 más la joven con aire indiferente
 doblegaba la frente
 escondiendo la faz ruborizada.

XV

Figuróse que aquello era desprecio
y juró á cualquier precio
humillar á la cándida doncella,
sin presumir que el dardo de Cupido
lo íntimo había herido
de aquella alma tan casta como bella.

XVI

Y se tornó en la sombra que seguía
á Lelia, noche y día
de modo tan tenaz, que hubo un momento
en que al cerrar la joven la pupila
en la noche tranquila,
con los ojos lo vió del pensamiento.

XVII

¿A qué contar la siempre dulce historia
que lleva en la memoria
aquel que tuvo ardores en el alma?...
Baste decir que el bosque adormecido
hizo oco á su gemido
al romper de la noche la alta calma.

XVIII

Ella lo amó con toda la ternura
que su alma hermosa y pura
sintió al abrirse al soplo de la vida....
La oruga despertando de su sueño
al país del ensueño
tendió el vuelo, de dicha adormecida.

XIX

¿Quién se atreve á decir que es imprudente
la paloma inocente
que entona, sacudiendo su plumaje,
alegre y dulce canto, porque ignora
que la acecha traidora
serpiente entre las sombras del bosquejo?...

XX

Juntos los vió la Aurora al desgarrarse,
y el Sol al ocultarse
también los despidió con su sonrisa;
las viejas rocas en sus hondos huecos
recogieron los ecos
de sus alegres y sonoras risas.

XXI

Una tarde brillante y placentera
paseaba en la ribera
cuando á ella aproximóse un marinero
y le dijo, alargando una misiva,
con sonrisa furtiva:
"Para usted me la ha dado un caballero."

XXII

Ella sonrió sintiéndose dichosa
y turbada y nerviosa
la carta abrió con ansia reprimida,
así cual sobre el vidrio transparente
se arroja el inocente
pajarillo, creyendo hallar la vida.

XXIII

Lo que aquella misiva le decía
se ignora todavía,
pero Lelia cayó pálida é inerte,
y cuando alzó la gólida mirada,
en su faz desolada
serpenteaban los besos de la muerte.

XXIV

Desde esa tarde, cuando el Sol inclina
su frente purpurina
sobre el fastigio del rugoso monte,
se ve á la loca, desgredado el pelo,
que mira con anhelo
hacia el vasto confín del horizonte.

XXV

No la burléis cuando su labio ría
con esa risa fría
que es el destello de una eterna calma!...
Dejad que sueñe! Lelia, la demente,
lleva sombra en la mente
y una herida que sangra dentro el alma.

Panamá, Julio de 1904.



Neurosis

PARA AMADO NERVO

Yo soy un ave que anidó en las frondas
De sauces y cipreses.
Ave viajera que cruzó las hondas
Brumas del mar y las revueltas ondas,
Enferma de imposibles languideces.....

Yo soy lejana estrella solitaria
Que entre crespones arde
Como extraña señal, muda plegaria
Que dirige á la noche funeraria
El alma moribunda de la tarde.....

Yo soy el alma de las cosas muertas:
Los imposibles sueños,
Las mustias rosas y olvidadas huertas,
Las ruinas desoladas y desiertas,
Los tristes y nostálgicos ensueños.....

El alma soy de todo lo que huye
Y se extingue y se olvida;
De todo lo que pasa y se destruye
Y, en su amor de la Muerte, se diluye
En la Nirvana eterna de la Vida.....

ABRAHÁN Z. LOPEZ PENHA.

Junio de 1904.



Honorable Señor WILLIAM W. RUSSELL, Ex-Encargado de Negocios de los Estados Unidos ante el Gobierno de la República de Panamá.

Estado de alma

PARA JUAN J. MENDEZ.

GALENTURIENTO, nervioso, con las pupilas dilatadas y la sangre, pletórica de vida, ardiente y excitada, retornó del paseo.

En las sienas sentía algo así como un círculo de acero candente que le quemaba apretándose las, y en el pecho, allá adentro en donde el corazón palpita, una angustia terrible y atormentadora.

Tambaleándose entró á su cuarto sólo y silencioso; abrió la ventana para que entrara libremente el aire húmedo de la noche y vestido se arrojó sobre su lecho solitario y frío.

El reloj de una casa vecina dió las doce con su cascada voz de bronce y entonces para él las visiones y los recuerdos, en connubio maltratador, haciéndose más fuertes y poderosos, se asieron á su pobre cerebro debilitado de antemano por las inconsecuencias y rigores de la Duda cruel.

En el paseo *la* había visto: *la* había envuelto en una mirada incendiaria, repleta de fuego pasional y de cariño, y habíase quedado embobado en la contemplación fanática de la pureza de líneas de su rostro que como palio admirable coronaba su espesa cabellera, rubia como un haz de rayos de sol.

Sus ojos de enamorado no se hastiaban de contemplar ese rostro y apenas se atrevían á fijarse en el cuerpo aspasiano de la virgen, cuerpo digno mil veces de la perpetuidad de una escultura ó de los honores de un pincel privilegiado y divinizador.

Mientras ella pasaba, su abanico de plumas blancas y varillaje de nacar, había caído al suelo y al inclinarse para recogerlo, en su busto excitante y robusto la curva de los senos, oprimidos suavemente por la seda blanca de su vestido, se hizo más perceptible y más atractiva. Su mano, pura como la de una sacerdotisa, mil veces adorada, mano en donde resaltaba en consorcio admirable la palidez mate del dorso con lo rosado y terso de la palma suave como el raso, al abrirse para asir la prenda caída, había despertado en él al mirarla, una inmensidad avasalladora de sentimientos amorosos, llenos de fuego, de ansias infinitas, y pletóricos de fuerza pasional y sugestiva.

Por la ventana abierta entraba la luz anémica de una luna triste que en el cielo alumbraba rodeada de nubes oscuras cuyas formas caprichosas se destacaban sobre el fondo del cielo.

Él permanecía allí, tendido sobre la cama y en tanto las visiones crueles venían á su cerebro de enamorado como obedeciendo á la voz imperiosa de un extraño conjuro mágico y las comparaciones amargas é ineludibles surgían ante su visualidad imaginativa de soñador erotómano y lleno de desesperanzas.

... Inés, Susana, Julia, María, todas, absolutamente todas las que fueron suyas, las del ayer cruel y negro, las que él había creído querer y que después fácilmente había olvidado, surgían en ese instante ante sus ojos, dilatados por el desequilibrio nervioso, haciendo resaltar la porción más admirable y mejor hecha de sus cuerpos; y él, creyéndose repleto de imparcialidad, comparaba esa porción con la igual de la mujer que ahora adoraba con temeridad de alienado y que en el paseo ha-

bia visto incesantemente sin obtener de ella ni una sola mirada.

No había en ninguna de las mujeres que formaban su ayer de hombre dado á las lides del Amor y cuyo recuerdo en ese momento se hacía poderoso, nada superior ni tan siquiera igual á la belleza física de la nueva amada, y mientras se complacía en estas comparaciones pensó en Luisa, la preferida de aquel entonces. En el principio de su juicio analítico y comparativo, vaciló antes de condenarla, pero al fin triunfó de un golpe el nuevo ideal ansiado y perseguido: aquella Luisa que él en un tiempo creyó amar era más pobre de líneas; la garganta tenía tonos violáceos que le daban un carácter vulgar: los antebrazos eran flacos en exceso, y el busto todo, ridículamente formado, no guardaba armonía con las caderas que eran demasiado firmes y redondas. Y el ideal del presente volvió á vencer sobre el del pasado ya lejano, cuyo recuerdo vigoroso no despertaba en él nuevas ansias de posesión.

Luego distintas visiones amorosas hicieron presa de su imaginación excitada: veía á la mujer ahora querida, radiante, solo de él, llena de alegría, repleta de gracia y atractivos, ofrecerle, junto con la rosa de su boca entreabierta, cuba del Beso, sus brazos torneados y admirables, abiertos y preparados para la caricia suprema y arrobadora.

Después la visión tomó otra forma más ideal pero no menos halagüeña: ella sola en su alcoba de virgen joven y radiante, alcoba tibia apenas alumbrada por la luz de una lámpara cuyos rayos filtrándose tras un velador de encaje rojo daban tonos de rosa á su rostro eternamente pálido como la cera, vestida con un traje de ligera gasa blanca que modelaba la curva del seno y la robustez de las caderas, pensaba en él con tesón, obsesionada con el recuerdo de sus últimas frases y la sonoridad de su expresión ardiente y sincera.

.

De pronto, las visiones todas desvaneciéronse y entonces él pudo hacerse cargo de lo doloroso de su verdadera situación. La tirantez de sus nervios había cesado y fácil le fué comprender que todo sería inútil para obtener de ella la más pequeña muestra de cariño y por lo tanto no debía pensar más en lo que ya para él era un doloroso imposible que daba al traste con su felicidad y el mejor y más noble anhelo de su vida toda.

Su temperamento de artista y sus sentimientos firmes y poderosos, vigorizados por el estudio, lo mismo que su alma siempre vibrante y enérgica, debían tan sólo contentarse con la contemplación tristemente platónica de esa mujer hermosa y bella, de rostro pálido como cirio, siempre adorada y siempre indiferente.

Levantóse entónces del lecho; por la ventana abierta de su cuarto se miraba el cielo de una tranquilidad desesperante en donde la Aurora ya vecina comenzaba á dialogar con las tinieblas de la noche que huían como avergonzadas mientras las estrellas parpadaban apagándose.

En el vecino templo la campana sonaba grave y lentamente anunciando á los fieles la misa del alba y ese toque le pareció que era un doble triste por la muerte de su más bella ilusión de soñador amante y no correspondido.

Me explico el suicidio, dijo; y al parecer tranquilo comenzó con lentitud á prepararse para el trabajo diario mientras allá, en el límite distante en donde el mar parece unirse al cielo, el Sol, radiante y rojo, se levantaba orgulloso, como pupila inmensa de un Sér superior que todo lo vé, que todo lo comprende y sin embargo, ante el sufrir humano, siempre permanece impasible...

ALEJANDRO DU PARY.

1904.



Los pueblos tristes

POR B. BYRNE

Es siempre igual la pavorosa escena:
como el corcel herido, por la arena
arrastra, moribundo, sus entrañas,
así los pobres pueblos oprimidos
llevan su enorme cruz, adoloridos,
errantes por el llano y las montañas.

Pálidos, con la frente pensativa,
como si fuera un ave fugitiva,
su libertad persiguen implacables;
y mientras á su esperanza se abandonan,
sus quimeras de luz se desmoronan
al soplo de los hados implacables.

Reprimiendo en silencio sus sollozos,
sus hijos, en infectos calabozos,
escuchan las indignas serenatas.
Quedan con ansia vil y empeño vano,
al pie de los balcones del tirano,
las frenéticas turbas insensatas.

De esos pueblos, idéntica es la historia:
;siempre, siempre pensando en la victoria!
;siempre pensando en sacudir el yugo!
;Dios de misericordia! ;Sé que existes!
Al lado ponte de los pueblos tristes,
y ellos acabarán con su verdugo!

Déjalos que, rompiendo su cadena,
arrojen de su espíritu la pena
;que se pongan de pie como valientes!
—; Y á ti se elevarán sus bendiciones,
Y habrá sobre la tierra más leones,
pero también habrá menos serpientes!



William W. Russell

Con placer publicamos hoy el retrato del Honorable señor William W. Russell, Encargado de los Negocios de los Estados Unidos ante el Gobierno de esta República, hasta hace poco.

Caballero cumplido, muy versado en los asuntos de su carrera, en la que siempre se ha distinguido por su talento y su criterio firme, lleno de cariño hacia la América Latina, logró captarse las simpatías y el aprecio de todos los istmeños durante su corta residencia en esta capital.

Nosotros, que tuvimos la suerte de tratarlo y la honra de mantener con él relaciones de amistad, nos permitimos enviarle nuestro repetitivo saludo junto con la expresión sincera de nuestro aprecio.

Ecós de la Quincena

Empiezo á escribir estas líneas con ese desgano conque los estudiantes perezosos abren el libro en las primeras horas de la mañana, bajo la vigilancia de un pasante enérgico y malhumorado; la tarea de cronista social resulta en verdad más pesada de lo que á primera vista parece, porque no siempre, en las poblaciones como esta, se encuentran temas de que ocuparse y no es posible, para salir del apuro, hacer un baturrillo de noticias en una sección dedicada exclusivamente á determinada porción de la sociedad.

Por otra parte, los esfuerzos de uno para complacer á ese señor público tan poco dado al análisis, como afirmaba mi buen amigo el poeta García, resultan con triste frecuencia infructuosos, y en parques y corrillos, calles y salones, se comenta la labor intelectual sin cuidarse de tener en cuenta el ambiente en que se agita el que escribe y allí surgen las opiniones diversas que, si bien desprovistas algunas de mérito que las hagan merecedoras de tenerlas en cuenta, siempre logran contrariar á aquel de quien se trata, dado el deseo, el afán noble de todo escritor honrado de dejar, hasta donde sea posible, satisfecho y contento al lector.

Además, no siempre le es dado al cronista expresarse con entera libertad; sus impresiones en determinados casos tiene que modificarlas ante las necesidades de la vida social y cuando no, compromisos ó consideraciones obligan á guardar silencio.

×

Sarah Bernhardt, la eminente artista francesa, la gran intérprete de las obras de Rostand, viene para la América latina. Ya ha firmado el contrato que la obliga á esta gira y pronto los habitantes de las principales ciudades de este continente, las capitales populosas, las que pagan lo bueno, podrán darse el placer de aplaudirla.

Sarah no es desconocida del público panameño; aquí estuvo cuando el apogeo del canal; pero ahora, ¿será capaz de volver á esta ciudad en donde ya sus paisanos no son lo que en ese entonces? ¿Extrenó nuestro teatro; más ¿será posible que en el estado en que se encuentra ese edificio hoy día, consienta en representar quién como ella ha pisado los mejores escenarios del universo mundo?

Talvez la veamos pasar por entre nosotros y— como buenos muchachos llenos siempre de conformidad filosófica nos contentemos con ello.

Así son las cosas y "el mundo marcha."

La chieucua harapienta ve con ojos dilatados por el deseo la lujosa muñeca que el comerciante exhibe en la vidriera y goza en esa contemplación muda y tenaz sin pensar en que le queda el recurso de protestar contra la suerte y hasta contra su padre que no ha logrado darle una posición pecuniaria desahogada que le permita satisfacer un capricho justo, propio de su edad y su temperamento. La lanzó al mundo y le dá pan; talvez el padre cree que con eso cumple su deber

×

Cumplimos con el deber de presentar al señor Don César Fernández del Ríó, respetable amigo nuestro por quien sentimos verdadera estimación, nuestro más sincero pésame, con motivo de la muerte de su hermano el Doctor Luis Felipe del Ríó, acaecida hace poco en la República de Chile.

×

Mi buen amigo, el atildado prosador y exquisito poeta guatemalteco, Don Máximo Soto Mall, dejéme, á su paso por esta capital, los siguientes versos que ahora con placer publico en esta sección, por ser la inspiradora una de las más bellas señoritas de esta sociedad.

He aquí los versos:

PÁLIDA.

A una panameña.

Ostentando natura sus antojos,
Quiso, en extrañó expléudido conaubio,
Sobre los discos de hulla de tus ojos
Poner la mata de tu pelo rubio.

Un vate de Germania, el casco de oro,
Sin duda cinceló de tus cabellos,
Y en la candente Arabia un rabi moro
Dió sus fulgores á tus ojos bellos.

Crepúsculo es tu frente que separa,
Sirviendo en el contraste de armonía,
De tus ojos la noche fresca y el ra
Y de tus rizos el radiante día.

Y en tanto yo, que admiro tus hechizos,
Quisiera, por dar fin á mis enojos,
Envolverme en la Aurora de tus rizos
Y perderme en la Noche de tus ojos.

La inspiradora bien puede estar satisfecha, pues los versos son en verdad muy merecidos. Y aún conservamos para ella, en nuestra cartera, varias composiciones de otros poetas de este continente—celebridades intelectuales—que á su belleza de circasiana han querido rendir sincero homenaje de admiración.

×

De Buenos Aires nos remite Don Luis M. Blazquez varios ejemplares del libro *Escenas y Perfiles* de Martín C. Aldao, con el loable propósito de hacer conocer entre nosotros las buenas producciones de escritores argentinos.

Agradecemos su hermosa idea al señor Blazquez, escritor distinguido que hoy honra nuestras columnas con un cuento sugestivo—y le decimos que los libros han sido repartidos entre jóvenes intelectuales capaces de apreciar todas las bellezas que atesora Aldao en sus preciosos cuentos.

×

Ejercicios Ortográficos é Ideas y Palabras son dos libros de gran valía, estudios interesantes acerca de nuestro idioma, que nos obsequia el Doctor Mariano Barreto, autor de ellos.

Ambos libros han sido editados en León de Nicaragua por el señor J. C. Gurdian.

×

De New York han llegado, después de una ausencia relativamente larga, nuestras buenas amigas las bellas é interesantes señoritas Elisa María y Carmen Espinosa, quienes en un colegio de esa ciudad han hecho sus estudios con éxito brillante.

A ellas nos ligan, á más de la amistad, el recuerdo grato de tareas artísticas en pró del nece-

sitado, tareas en las cuales ambas señoritas demostraron tener mucha luz en el cerebro y energía en el alma. Hoy que ellas han vuelto al hogar paterno, nos permitimos enviarles, junto con nuestro saludo afectuoso, muy sinceras felicitaciones por su arribo feliz á las playas de la patria.

x

También han llegado procedentes de la misma ciudad y en el mismo vapor las señoritas Ramona Emilia y María Elena Lefevre—con el retrato de las cuales se engalana hoy EL HERALDO,—y el señor Don José Fernando Arango y esposa.

A todos presentamos nuestro saludo respetuoso.

x

Para la tierra de Isaacs y de Arboleda siguieron días atrás las señoritas Payán, altamente apreciadas en nuestra sociedad por su cultura y gentileza.

Que al volver á la tierra natal no se entibien en ellas los recuerdos del Istmo, son nuestros mejores deseos.

x

Julio, ya al finalizar, se marcha dejándonos el recuerdo de sus días húmedos y tristes. Mientras damos las últimas plumadas, afuera en la calle cae un polvo fino de agua que el viento arroja contra los balcones, en donde no se ve un solo rostro bello.

El programa de la vida social capitolina nada anuncia para estos días: ni un solo baile, ni una función de teatro, ni una fiesta original y agradable, ni un paseo; nada, absolutamente nada. Estamos en lo mejor de esos periodos de quietud que anuncian para de un momento á otro ratos de placer y de contento siempre cortos pero siempre ansiados.

Esperemos con fé en el mañana y ojalá la próxima quincena rica sea en acontecimientos halagüeños, de esos inolvidables cuyos recuerdos tal vez en la vejez sirvan de vigorizadores para el espíritu debilitado siempre por las luchas de la vida y las desilusiones amargas.

ROMEO.

20 de Julio—1904.



A nuestros suscritores

Con el fin de corresponder al creciente favor que el público dispensa á nuestra Revista, hemos decidido rifar entre nuestros suscritores todos, de la capital y de fuera, una máquina de coser, de pie, de la afamada marca americana

“White.”

Con este fin hemos dispuesto que cada recibo lleve al margen un número de tres cifras, número que dejaremos anotado en registro especial que para el caso abriremos. De esta manera los que acostumbran no pagar el valor de su suscripción no podrán tomar parte en la rifa.

El número premiado será el correspondiente á las tres últimas cifras del que resulte agraciado en el sorteo de la *Lotería de Panamá* que ha de jugarse el día 2 de Octubre próximo.

Los recibos numerados no son transferibles; se entregará la máquina al suscriptor que posea en su recibo el número agraciado y de ningún modo á otra persona, aunque presente ese recibo.

Fuera de lo capital entregarán los agentes á los suscritores los recibos numerados, siendo de cuenta del agraciado el transporte de la máquina si uno de ellos fuere el beneficiado.



A NUESTRO distinguido amigo Don Leonidas Pretelt presentamos nuestras expresiones de condolencia por la muerte de su señor padre, ocurrida últimamente en Cartagena, Colombia.

x

DON ENRIQUE J. ARCE nos ofrece para nuestro próximo número la conclusión de su estudio histórico *El Canal de Panamá*, que no terminó oportunamente á causa de perentorias obligaciones que ocuparon todo su tiempo.

x

PAGINAS del *Diario* de Lord Macaulay, el gran historiador y filósofo inglés, tal vez las que se relacionan con su viaje á Italia, comenzaremos á publicar muy pronto.

La traducción, en el más bello estilo, ajustada no sólo á la letra sino también al espíritu del gran pensador, es obra del Doctor Ciro Luis Urriola, notable hombre de ciencia y escritor de clásica pureza.

El Herald del Istmo

Quincenario Ilustrado.

Director-Propietario: GUILLERMO ANDREVE.

Esta Revista constará de 16 páginas de lectura y se publicará dos veces al mes.

La suscripción por trimestre vale *DOS PESOS* (\$2.00) y cada ejemplar suelto *CUARENTA CENTAVOS*.

No se admite más colaboración que la que sea solicitada y no se devuelven en ningún caso los originales.

Para todo lo relacionado con la Revista dirigirse á su Director-Propietario ó á la *Tipografía Casis y Cia.*

Por Correo: Apartado No. 215.

ZAPATERIA

de Jorge E. Díaz.

Siempre hay en existencia en este establecimiento un surtido completo de calzado de todas clases.

Se presta especial atención á los pedidos para el Exterior.

Precios los más reducidos de la plaza.